

Laotze Una interpretación

Por HENRI BOREL

= Traducción y envío de Elena Torres. México, D. F., 1937. =

CAPÍTULO III

Amor

(Véanse las entregas anteriores. 13, 14, 16, y 17)

Una vez más fué de noche. Nos sentamos otra vez sobre el césped suave que bordaba la orilla de la montaña, el silencio de nuestras bocas era afin con la tranquila solemnidad del crepúsculo. Los picachos de las montañas parecían que reposaban—en una atmósfera que respiraba reverencia y devoción—parecíame que estaban arrodilladas, implorando al cielo, caminando después para bendecir el descenso de la noche.

Los árboles aislados punteaban aquí y allí la montaña, —moviéndose a pausas en silenciosa adoración. El ruido del mar sonaba distante y distinto, perdiendo su grandeza. La paz se extendía sobre todas las cosas y suavizaba el sonido que llegaba hacia arriba como el murmullo de una oración.

El ermitaño estaba delante de mí, dignificado como un árbol en medio de la naturaleza y despertaba inspiración como la noche misma.

De nuevo le interrogué porque mi alma no hallaba reposo separada de él y un impulso agitaba mi voluntad. Estaba cerca de él y era difícil hablarle, tenía yo la sensación de que las palabras no eran muy necesarias—como si el pensamiento se extendiera a todas las cosas, abriéndose y aclarándose como la luz del día.

¡Qué excelentes y qué sencillas parecían todas las cosas esa noche!

¿Fué que en lo más íntimo de mi ser reconocí toda la belleza que había en torno mío, o fué que estuve completamente ante lo Eterno?

No obstante este sentimiento, herí con mi voz el silencio pacífico.

“Padre”, dije tristemente, todas sus palabras se han sumergido en las profundidades de mi mente y mi alma está henchida de su bálsamo. Mi alma no me permanecerá por mucho tiempo—no podrá ser usada por mí.—Pienso en esto como en la verdadera muerte, y sé que la muerte no ha llegado para mí—día y noche medito—esto ha causado un crecimiento como la luz y claridad que ha dejado vacía mi mente. Padre, yo sé que Tao es muerte y gloriosa resurrección; pero él no es amor, y sin amor, Tao me parece un reposo tenebroso.”

El hombre viejo miró en torno suyo la escena de la noche y sonrió bondadosamente.

“¿Qué es el amor?” preguntó calmadamente. “Está usted seguro acerca de lo que pregunta?”

—No, yo no estoy seguro, yo interrogo. No sé nada acerca del amor, pero me parece que él es la razón de esta bendición... sí, permítame expresar esto: Yo significo en este sentimiento, el amor de una doncella, el amor de una mujer. Ahora recuerdo, Padre, lo que fué de mí cuando vi una doncella y supe de las delicias del amor. ¡Fué aquello semejante al mar, semejante al ancho cielo, semejante a la muerte! ¡Era la luz y yo había estado ciego! Estaba herido, Padre, mi corazón palpitaba violento y mis ojos estaban encendidos. El mundo era para mí como un fuego, todas las cosas me eran extrañas y comenzó la vida. Era como una gran flama brotando de mi alma. Estaba temeroso, pero experimen-

taba una sensación hermosa e infinitamente grande! ¡Padre, creo que aquello fué más grande que Tao.

“Yo sé que así fué”—dijo el sabio—Fué la belleza, la forma terrenal de Tao, el informe, que le llamaba por medio de ritmo de ese movimiento, por medio del cual llegará usted hasta él.

Pudo usted haber experimentado el mismo estremecimiento ante el espectáculo de un árbol, de un nublado, de una flor. Pero porque es usted humano, movido por deseos; por esa razón solamente pudo serle revelado a través de otro ser humano,—una mujer—porque para usted esa forma es fácil de comprender y también más familiar. A través del deseo terrenal no logró el desarrollo completo de una contemplación pura; de ahí provino el ritmo transformado por su excitación en una tempestad violenta que como la tormenta del mar no permite al tiburón vigilar dondequiera. La esencia más íntima de la emoción, no fué, Amor, fué Tao.

La calma del sabio me impacientó y excitado le repliqué ásperamente “¡Es fácil hablar de esto teóricamente, pero reflexionando que usted nunca experimentó el amor, no puede entender nada acerca de lo que me habla!”

Me miró intensamente y apoyó sus manos con simpatía sobre mis hombros.

“Sería cruel que usted hablara así a cualquiera y también a mí, hombre joven!—Yo amé antes de que usted viniera a este mundo: En ese tiempo vivió una doncella que fué maravillosa a mi vista. Era como si hubiera nacido directamente de la expresión de Tao.

Un concepto sobre Ecco Nelli

= De *El Tiempo*, Bogotá, Julio 6 de 1938 =

A propósito de *Otros Cuentos*, libro recientemente publicado por Ecco Nelli (Cleonic Nannetti), Rafael Maya dirige a la autora una carta, de la cual extractamos:

“Mi distinguida amiga:

Sólo ahora he terminado la lectura de su precioso libro de cuentos. Dios le pague las delicadas emociones que ese libro me ha despertado. Emociones de forma y emociones de fondo, si me permite esta disección retórica. Las primeras, a causa del estilo flúido y armonioso, natural y todo él empapado de una exquisita ternura humana. Las segundas, provenientes de los asuntos que usted ha buscado, para formar la trama de sus relatos; asuntos diarios, triviales a veces, pero llenos de emoción y de poesía. El arte no está en buscar grandes temas. Al contrario, suele ser lo cotidiano, la más abundante fuente de inspiración.

Todo el arte de Dickens, por ejemplo, está allí. Hay más gracia en embellecer lo humilde, que en explotar temas que ya son de por sí hermosos.

Usted posee esta extraordinaria facultad, pero cumple igualmente con aquel precepto del artista lusitano: “Sobre la desnudez de la verdad, el manto diáfano de la fantasía.”

Para mí ella era el mundo y el mundo se extendía muerto a mis ojos en torno de ella; para mí no existían cosas, árboles, hombres, nublados. Ella era más bella que esta noche, más suave que las líneas de las montañas distantes, más delicada que las hojas que coronan las copas de los árboles y la luz de su presencia más bendita que el brillo de la estrella que está allá. No le diré a usted su historia. Era su ausencia más ardiente que el fuego del infierno—pero no era real—y ahora que todo aquello está lejano, tengo la impresión de que fué una sensación que ya pasó. Parecíame que todo había muerto para mí. Estaba herido de muerte en mi enorme dolor. Pero llegó la alborada a mi alma y creció la luz y la comprensión. Nada se perdió. Todo ocurrió como tenía que haber sido. La belleza que creí perder, había sido tomada de la propia vida, immaculada en sí misma. No era propia de una mujer: fuera había la bella Primavera; ahora podía mirar sobre el mundo el brillo de la belleza en perpetua radiación. La Naturaleza no era otra, yo era quien había puesto en su lugar la imagen de una mujer. Mi alma fué una con la Naturaleza y flotó a semejanza del ritmo eterno de Tao”.

—Calmado por su tranquilidad, le dije: “Aquella a quien yo amé, murió, Padre. Aquella a quien eligió mi alma, como un niño elige una flor, nunca fué mi esposa. Ahora yo tengo una esposa, un milagro de virtud y de bondad, una esposa que me es esencial como la luz y el aire, pero no la amo ni la he amado como a la muerta. Sé que es un ser humano más puro que la otra. ¿Cómo es que no la amo más? Ella ha transformado mi vida desenfrenada y dolorosa en una marcha tranquila hacia la muerte. Es sencilla y verdadera como la Naturaleza, su faz es para mí querida como la luz del sol.

“Usted la ama de verdad!” dijo el sabio, pero yo sé que el Amor no significa amante. Le diré: el amor no es otra cosa que el ritmo de Tao. He dicho que usted se aleja de Tao y que él lo hará volver. Mientras usted es joven—su alma está envuelta en la obscuridad—en el sobresalto del primer impulso que lo agitó, no sabe inclinarse dócilmente. Crea, la mujer ha sido complaciente para dirigir su ritmo, pero esto ha ocurrido cuando la mujer es suya y usted se ha conmovido al tocarla. Entonces siente en lo íntimo de su ser el ritmo inapelable, pero esto lo llevará hacia adelante, a perspectivas más amplias que lo harán detenerse. Entonces es cuando el hombre y la mujer sienten una gran tristeza, se miran uno a otro, e inquieran íntimamente interrogándose si están mutuamente obligados. Dulcemente se estrechan las manos y se mueven durante toda su vida dominados por el mismo impulso hacia la misma meta. Llámeme a esto amor si quiere. ¿Qué importa el nombre? “Yo le llamo Tao”.

“Y el alma de aquellos que se unen es semejante a dos nubes blancas que flotan suavemente, una a lado de la otra y que se desvanecen, mecidas por el mismo viento en el infinito azul de lo cielos.—“Pero ese no es el amor que entiendo”—exclamé: ¡El amor no es el deseo de ver a la amada absorta en Tao; el amor es el anhelo de estar siempre con ella, anhelo profundo de fundir dos almas en una; deseo ardiente de elevarse con ella hacia la felicidad! ¡Y esto siempre con el amor de uno solo,—no con otros—no con la naturaleza! Si yo hubiera estado absorto, toda la alegría de mi amor se hubiera perdido para siempre! ¡Oh, déjeme estar aquí con mi fiel compañera, en este mundo hermoso! ¡Aquí el amor es